

EDITORIAL

MIRANDO A CUBA

Después de casi quince años de actitud de avestruz, mezcla de escándalo y miedo interesado, que impide el juicio objetivo y libre de las personas y de los pueblos, América Latina y El Salvador han vuelto su mirada a Cuba.

La isla ha pasado últimamente a ocupar los primeros planos de nuestra atención: reunión de la O. E. A. en Quito, en noviembre del año pasado, viajes turísticos de salvadoreños, visita de un grupo de diputados, discurso de H. Kissinger en Houston, última reunión de la O. E. A. en Washington, etc...

En el presente número, ECA, atenta a la nueva coyuntura, exteriorizadora en este caso concreto de una actitud menos prejuiciada y más razonable, ofrece unas primeras informaciones, que pueden contribuir a un mejor conocimiento y a un juicio más preciso y justo sobre el experimento cubano. "La revolución castrista —afirmaba Charles Riviére en un artículo titulado **El desafío cubano**— es más radical que cualquier otra forma de marxismo. Más hipotética. Más escandalosa para los economistas de cualquier tendencia. Pero más intensamente humana. Tal vez el modelo cubano no sea directamente aplicable a países mayores o más desarrollados. Pero, quien rehusara reflexionar sobre este ejemplo demostraría permanecer ajeno a las aspiraciones que acaban por imponerse en todos los continentes".

Una serie de factores históricos habían ido preparando lentamente la tierra cubana para el hecho revolucionario. Entre los más importantes habría que mencionar: los abusos —derivados de la época colonial— de los grandes propietarios de caña de azúcar, el dominio y explotación ejercidos por el capitalismo norteamericano sobre la economía cubana, el profundo sentimiento anti-norteamericano engendrado por el estilo de vida de éstos en Cuba (prostitución, casinos, hoteles de superlujo, etc.), y, finalmente, las brutales medidas represivas del régimen de Batista.

El primero de enero de 1959, triunfaba el movimiento guerrillero de Sierra Maestra. Con la toma del poder, comenzaron las mayores dificultades, pues faltaba una adecuada organización política y administrativa, teniendo que ocupar los puestos claves hombres adictos al nuevo régimen, pero carentes, muchas veces, de experiencia de gobierno e incluso de una ideología política que fuese más allá de la oposición al régimen de Batista, la simpatía por los campesinos y el espíritu de lucha e independencia.

Durante las primeras etapas de la Revolución, ésta se esforzó por buscar un camino independiente y, al mismo tiempo, el apoyo latinoamericano. Sin embargo, sus posteriores intentos de exportar la revolución al Brasil, Venezuela, Argentina, etc., y ciertos atentados perpetrados en estas naciones, condujeron a la expulsión de Cuba de la O. E. A. en 1964 y a la ruptura de las relaciones diplomáticas, con la excepción de México.

Tampoco las relaciones con los Estados Unidos fueron malas en un principio. Pero la condenación por Fidel Castro del imperialismo norteamericano como causa del retraso de América Latina, su línea independiente, la expropiación de los bienes norteamericanos en la isla y, finalmente, la descabellada invasión contrarrevolucionaria de la Bahía de Cochinos, colocaron frente a frente a Cuba y a los Estados Unidos, coyuntura aprovechada por Castro para jugar la carta soviética, en un intento por neutralizar al gigante de América del Norte.

Por grandes que fueran los problemas exteriores, no menores fueron los que la Revolución tuvo que afrontar en el interior: la huida masiva de profesionales y especialistas del antiguo régimen, que veían peligrar sus desahogadas posiciones y privilegiado nivel de vida; la puesta en pie de una cultura y una educación populares para toda la población; el esfuerzo por atender adecuadamente la salud pública y ofrecer una atención médica a todos los cubanos; la realización de una radical reforma agraria, con los problemas de producción y recolección de la caña (1969: "año del esfuerzo decisivo"; meta propuesta de diez millones de toneladas de caña), así como la mecanización del campo; los problemas, en fin, derivados de la industrialización y producción de carburantes y bienes de equipo, que liberasen a la isla, con la ayuda soviética, de la total dependencia previa de los Estados Unidos.

Tal vez el recuerdo nostálgico de los tiempos de Sierra Maestra y, sobre todo, la amenaza exterior obligaron igualmente a mantener un ejército fuerte y numeroso, que, aunque concebido con categorías distintas a las tradicionales, supuso un fuerte peso económico-social.

Nada, sin embargo, tan original en la Revolución como el valiente intento de supeditar la economía al hombre, negándose, en cuanto fuera posible, a sacrificar una generación al mero desarrollo económico. El misticismo moralizante del Che Guevara ("el socialismo económico sin moral comunista, no me interesa. Luchamos contra la miseria, pero, al mismo tiempo, luchamos contra la alienación. Uno de los objetivos fundamentales del marxismo es hacer desaparecer el interés, el factor de interés individual y la lucha como motivación psicológica. Por tanto, si el comunismo no se preocupa del hecho de conciencia, se convierte en un método de distribución, pero no será nunca una moral revolucionaria"), y el pragmatismo de Fidel Castro ("en nuestro deber de revolucionarios, los marxistas-leninistas tenemos el deber de desarrollar la ciencia, de encontrar el camino exacto para dar de comer al pueblo en grandes cantidades, tanto como el pueblo necesita") lograron una tensión económico-social nueva y audaz, más humanizante.

El prejuicio burgués acrítico e impreciso de que Cuba abandonó la dependencia de los Estados Unidos para caer en manos de la Unión Soviética, ha sido acertadamente desmentido por el profesor Beyhaut, quien concluye del siguiente modo su análisis de la revolución cubana: "El historiador debe rechazar, en cualquier caso, la opinión de que las instituciones y culturas tradicionales de la isla sencillamente han sido sustituidas por el marxismo o por el marxismo-leninismo, pues, en realidad, lo que está en marcha es un proceso de fusión y Cuba conserva muchos de sus rasgos esenciales, que tanto se parecen a los de otros países latinoamericanos".

Una lectura atenta del Anteproyecto de Constitución que, juntamente con el documentado comentario del Dr. Héctor Oqueli, publica este número de ECA, nos confirmará en ello. En la Cuba actual hay un verdadero esfuerzo —y esfuerzo políticamente eficaz— por sintetizar el internacionalismo marxista-leninista con las mejores esencias nacionales cubanas, que lo son también latinoamericanas.

En definitiva, es hora ya de mirar desprejuiciadamente a Cuba, de formarse un juicio lo más objetivo y libre posible sobre esta experiencia, única en América Latina, y de intentar evaluar comparativamente los costos y beneficios populares de la Revolución cubana, con los costos y beneficios populares del Estado de excepción o de emergencia permanente en que han vivido y continúan viviendo la mayoría de los restantes países del continente americano, bajo la implacable fórmula neocolonialista de los Estados Unidos.

